

# LUGARES COMUNES

Fuencisla Avial

Estaba tan nerviosa que no acertaba a meter la llave en el agujero de la cerradura, pero cuando consiguió abrir la puerta, sintió que comenzaba para ella una vida nueva, muy distinta, afortunadamente, de la anterior.

Tiró de las dos maletas y las introdujo en la casa, dejó el bolso y la chaqueta sobre ellas, se dio la vuelta para cerrar y deslizó el cerrojo hasta el fondo, pero de repente notó que las piernas no la sujetaban, que no podía mantenerse en pie, y se apoyó contra la pared. Lentamente se fueron doblando sus rodillas y su espalda resbaló sobre el muro, hasta que se quedó sentada en el suelo. Un llanto entrecortado brotó desde lo más profundo de su alma y ríos de lágrimas salieron de sus ojos, lágrimas de pena, de rabia, de desengaño, pero también lágrimas de alegría, porque por fin estaba sola, porque había conseguido escapar.

Atrás se quedaban cinco años perdidos, absurdamente compartidos, en los que se había dejado hasta la piel. Pero afortunadamente ya se encontraba muy lejos de su verdugo, aún a costa de

abandonar la casa que buscó y decoró con ilusión, de perder la estantería de ikea que tanto trabajo le costó montar, de olvidarse de la alfombra turca que compró muy barata en una feria... nada, nada importaba ya, porque lo principal era huir, desaparecer...

Esa misma mañana, en dos maletas había guardado lo que tenía más a mano, la ropa de todos los días, unos cuantos pares de zapatos, dos bolsos y las cremas de la cara, y tirando de ellas había salido de la vivienda compartida antes de que él volviera, antes de escuchar nuevos insultos, nuevas amenazas...

Muchas, muchas veces lo había intentado, se había quejado de su frialdad, de su soberbia, le había dicho que después de los años, él seguía siendo él y sus secretos, él y su egoísmo, él y su distancia... que cada día era como volver a empezar, como si no se conocieran... había llorado porque no se sentía valorada, ni respetada... ni mucho menos querida... pero la respuesta era siempre la misma... una mala mirada y luego la indiferencia y el desprecio, y si ella insistía, llegaban las voces, los gritos, las amenazas... después la calma, la calma con unas palabras falsas, suaves pero bien estudiadas, para que se sintiera culpable de la relación fracasada, y responsable de la ruptura.

Pero ayer, ayer mismo descubrió que si no ponía tierra de por medio, su nombre y su apellido podían aumentar la lista de mujeres "fallecidas" a manos de sus parejas. Porque dos días antes, cuando ella se quejó del último desprecio y reclamó su sitio y su dignidad, él, levantó la mano, sí, no solo se conformó con insultar o amenazar, ya levantó la mano.

Poco a poco se calmó, se secó las lágrimas, se puso de pie, echó una ojeada a las paredes y al techo y se dirigió al salón, fue hasta la ventana, levantó la persiana y la luz inundó la habitación, porque a partir de ese momento solo quería eso, precisamente eso, luz, claridad, verdad...

Solo hacía cinco horas que había alquilado aquella casa por internet, en otro barrio al otro extremo de la ciudad. No era grande pero luminosa y soleada, tampoco estaba en perfecto estado pero con una buena limpieza bastaría, así que hizo una propuesta y el dueño se la aceptó, solo

pidió que le hiera un “bizum” de señal, y ella exigió que vaciara la habitación que, según las fotos, estaba llena de trastos. Él dijo que sí, que a las cinco la tendría limpia y que le dejaría las llaves bajo el felpudo.

Empujó la puerta de la cocina, examinó los armarios, abrió el frigorífico y comprobó que funcionaba, después miró el baño, el váter y el lavabo, y se fue al dormitorio principal, también subió la persiana hasta arriba y se asomó para contemplar los árboles del parque cercano que era una de las razones por las que la había alquilado. Después fue a ver si él había cumplido su promesa y comprobó con estupefacción, que no, que la habitación estaba como en las fotos, llena de trastos.

La rabia la invadió pero se calmó, ya nada era grave, y decidió hacerlo ella misma, así que empezó, retiró dos tientos vacíos y los llevó a la cocina, después sacó tres cuadros espantosos, luego una mesita de madera de los años treinta que una vez limpia de polvo y con un baño de cera quedaría bastante mona en un rincón, volvió otra vez y arrastró un sillón orejero con la tapicería del asiento rasgada, detrás, una pila de periódicos viejos se apoyaban contra la pared, y sobre ellos, vio un jarrón de cerámica que a primera vista no le gustó. Lo cogió, y comprobó que tenía una plaquita dorada pegada a un lado con algo escrito, que rápidamente leyó:

<< Ramona Viñas García >>

10- octubre - 1933    4- febrero - 2012

- ¡Es una urna!... - exclamó asombrada, y repitió - Ramona Viñas García... ¡son las cenizas de su madre!

Un escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies y con ella en las manos se dirigió al salón, se agachó con todo el cuidado del mundo y la depositó en el suelo.

Desconcertada salió y cerró la puerta, en la entrada vio las dos maletas, y pensó:

- Tendré que deshacerlas y colgar la ropa... - entonces cayó en la cuenta de que no tenía donde dormir. Miró el reloj, eran las siete menos cuarto, y comprendió que ya nadie la traería a la casa

un somier y un colchón, tampoco quería ir a un hotel, así que, pensó, que solo en un “chino” encontraría la solución. Se puso la chaqueta, cogió el bolso y las llaves y se marchó.

A la vuelta, después de tomar una ración de tortilla y una caña en un bar, recordó que su hermana esperaba sus noticias, buscó el móvil y la llamó.

- Lucía, soy yo... bien, bien, no te preocupes por mí... sí, estoy en la casa... ahora te cuento, pero antes quiero decirte una cosa... ¡es que no te vas a creer lo que he encontrado en una habitación!... ¡una urna!... no, de las elecciones, no... ¡una urna de cenizas!... sí, sí, de un muerto, bueno de una muerta porque son de su madre... ¡mujer, de la madre del que me la ha alquilado!... ¿Qué cómo lo sé? pues porque pone su nombre... ¿tirarlas?... no, se le habrán olvidado... además yo no toco ese cacharro otra vez ... si ya sé que no me van a hacer nada, pero es que me dan escalofríos solo de pensar en lo que hay dentro... claro, claro, le llamaré para que venga a recogerlas...

A la mañana siguiente con el cuerpo dolorido después de una noche desastrosa sobre una tumbona de playa y envuelta en un edredón, llamó al dueño del piso, esperó y después de escuchar cuatro tonos dejó el siguiente mensaje:

- Hola soy Ángela, la que te ha alquilado el piso, quería decirte una cosa... por favor llámame.

A la hora de comer volvió a llamar y de nuevo saltó el buzón y repitió el mismo mensaje. Tres veces más llamó durante la tarde, pero a eso de las diez de la noche harta, furiosa de que nadie la contestara, llamó de nuevo, esperó la señal y escupió:

- Soy Ángela, la que te ha alquilado el piso y te ha dejado no sé cuántos mensajes en el buzón, te llamo porque me he encontrado las cenizas de tu madre en el cuarto trastero que me dijiste que ibas a vaciar y no lo has hecho, si no me llamas, mañana a primera hora las tiro a la basura, y francamente, no creo que ese sea el lugar más apropiado para que reposen los restos de tu progenitora.- y colgó.

A las nueve en punto de la mañana sonó el móvil, al incorporarse para cogerlo, un lamento salió de su cuerpo dolorido después de la segunda noche en la tumbona, al descolgar oyó una voz de hombre al otro lado.

Dos horas después él tocó el timbre del portero automático. Ella desde arriba apretó el botón y después abrió la puerta para esperarle. Se saludaron secamente y le hizo pasar al salón. Allí, en el centro estaba la urna, él, ignorándola, se fue hasta la ventana, y con voz ronca dijo:

- Lo siento, no las he olvidado, lo he hecho con toda la intención... las dejé aquí conscientemente y deseando que tú las tiraras sin preguntármelo... era el plan, no quería llevármelas... por eso no vacié esa habitación, para no verlas... y tampoco contesté a tus mensajes...

Ella se apoyó en la pared de enfrente, desde allí le examinó sin que la viera, era alto, muy delgado, un poco encorvado quizás, con un aspecto desaliñado que le envejecía, pero también bastante atractivo, aunque lo encontró abatido y le pareció muy triste. Después de unos minutos de silencio, él continuó:

- Quería olvidarme de mi vida pasada, empezar de cero... por eso tenía prisa en alquilar la casa... por eso la rebajé tanto y por eso no puse ninguna pega a lo que dijiste... excepto lo de vaciar el cuarto... mi madre y yo vivimos aquí desde que murió mi padre... los dos... era una mujer posesiva y absorbente... nunca permitió que yo tuviera mi propia vida... más de una vez quise irme, independizarme... aunque fuera a dos calles de aquí... pero cuando lo proponía, empezaba a llorar sin consuelo y me hacía sentir culpable de su soledad, responsable del abandono... si planeaba un viaje con amigos, enfermaba a propósito para que no lo hiciera... cada relación que comencé, ella se encargó destrozarla... créeme si te digo que cuando se murió... casi sentí alegría, sí, ya sé que es muy duro todo esto, pero es la verdad, su muerte fue una liberación...me había dicho varias veces que llevara sus cenizas al pueblo donde nació,

pero... ya ves, nunca lo hice... a lo mejor ha sido mi venganza, es posible... me está costando tanto salir...

Ella le escuchaba en silencio, habían llegado al mismo punto por senderos diferentes y una sonrisa irónica y absurda se dibujó en su cara, se dio cuenta de lo irrisorio del destino y del papel tan contradictorio que aquella insignificante vivienda jugaba en sus vidas, era el lugar del que él huía para reinventarse, y sin embargo, era también el lugar al que ella acudía para salvarse.

- Y... ¿ya tienes otra casa?- le preguntó por decir algo.

- No, no, estoy en un hotel.

- ¿Y los muebles?

- Los regalé, ya te he dicho que no quería llevarme nada... nada...

Entonces él se volvió, bajó la cabeza, se encontró con la urna que seguía en el mismo lugar, en el suelo de la habitación, a igual distancia de los dos, y la ignoró, elevó la vista por encima, y se topó con los ojos de ella, y sus miradas se encontraron en un lugar común.